

HOTEL, DULCE HOTEL

Autor: Manolo Campa

Confieso, una vez más, que no me gusta viajar. Mantengo, con la firmeza de los "valientes" que temen a las alturas, que volar es para las aves. Los aviones son las maravillas de la ingeniería aeronáutica. No lo niego. La aviación es uno de los grandes adelantos logrados por el hombre en el siglo XX... es una avanzada industria donde la seguridad alcanza un porcentaje de casi un cien por ciento... pero prefiero caminar por mi vecindario en el confort y la estabilidad que me dan mis viejos zapatos "tenis".

Si por mí fuera, las vacaciones las disfrutaba sin salir de la cuadra del barrio donde vivo. Pero... como frecuentemente pasa entre los casados, las opiniones más chocan con las de mi mujer y cedo caballerosamente porque, casi siempre, las de ella son más acertadas.

Al regreso del último viaje, declaré con rotundidad que nada más viajaría por tierra... en la Florida... hacia el norte, no más allá de Orlando, y hacia el sur, hasta donde el mar baña las arenas de Cayo Hueso.

Mi esposa no dijo "ni pio" entonces... pero cuando inició la campaña para ir a Italia haciendo escala en España, ignorando las fronteras que mencioné en el párrafo anterior, me hizo saber con cruel sinceridad que dentro de unos pocos años, aún con espejuelos, me sería difícil contemplar paisajes y obras de arte.

Me auguró que caminar, subir escalones, moverme de un lado para otro, me resultaría más difícil apoyado en un bastón, y si en las fotos de los viajes anteriores luzco cansado, en las de más adelante luciré peor. Sus contundentes razonamientos me convencieron. Y accedí, sin dejar de protestar, a emprender esta nueva aventura.

Nueve horas estuvimos volando. La aeromoza nos brindó champaña o jugo de naranjas. Dado que nunca tomo lo primero y lo segundo había sido parte del desayuno de aquel día, escogí el vino blanco espumoso que es orgullo de Francia.

Como quería dormir bien, cuando sirvieron la cena comí poco... pero tomé el vino que me sirvieron y el de mi mujer. El vino, cuando estoy en tierra, me produce sueño. En el aire no fue así... porque los riñones

lo transformaron, rápidamente, en líquido a eliminar, y mientras todos dormían, tuve que visitar frecuentemente el "lavatory"... y me desvelé. Cuando aterrizamos en Madrid tenía en mi rostro esa expresión de cansancio de las recién paridas después de un parto demorado.

En Madrid la temperatura estaba muy agradable. Como la que disfrutamos en esos pocos días del invierno en Miami. Después de almuerzo salimos en un "tur".

El "tur" fue un recorrido en un ómnibus enorme por una ciudad donde los automóviles son pequeños, lo que me permitió sentir, pasando por alto mi discreta talla, los síntomas reservados a las personas altas, anatómicamente aptas para sufrir, o disfrutar, de un complejo de superioridad.

Después de nueve horas en un avión y tres en el "tur" estaba deseando vivamente llegar al hotel para descansar pero mi incansable consorte me llevó a rastras, caminando, desde La Puerta del Sol hasta La Plaza Mayor, y allí al Mesón de la Tortilla donde comimos una tortilla de papas y cebolla deliciosa.

Al llegar al hotel sentí una sensación de alivio y descanso parecida a la que siento cuando, ya dentro de mi casa, van desapareciendo la tensión y el cansancio... y recordé con emoción solidaria las palabras de aquel inspirado hombre hogareño que dijo: "Hogar, dulce hogar".

Durante veinte días eché de menos mi cama, mi ducha, la ropa cómoda que visto en mis momentos de ocio... mi sillón, el televisor, mi periódico, el correo, los ladridos del perro del vecino, mi teléfono, las llamadas de mis hijos, las risas de mis nietos... la privacidad de mi habitación.

Durante esos días fue en los hoteles de varias ciudades, en dos países, donde pude descansar del cansancio que acumulan los turistas buscando solaz y esparcimiento... lo que me hacía exclamar agradecido cuando llegaba a ellos : ¡Hotel, dulce hotel!